

CONCLUSION.

Por lo demás, los Franceses nos habian sorprendido, pero no vencido.

A doscientos pasos detrás de las murallas se encuentra el antiguo recinto Aureliano, que mandé fortificar lo mejor que fué posible. Habia abandonado la idea de un asalto, mas no por eso queria dejar de defender el terreno paso á paso.

Se colocó una batería de siete piezas de artillería sobre el bastion nº. 8, haciendo algunas obras para protegerla contra el fuego del enemigo.

El 23 por la mañana comenzó á hacer fuego, y ayudada por las baterías de San Alejo y de San Pedro in Montorio, cruzaron de tal modo sus fuegos contra la brecha, que los Franceses se vieron obligados á abandonar sus trabajos.

Cuando los oficiales de los ingenieros franceses se apoderaron de la brecha, intentaron establecer en la muralla de los baluartes 6 y 7 una batería de ca-

ñones. Nosotros debíamos impedir que lo llevaran á efecto.

De aquí los esfuerzos increíbles de los Franceses y nuestra obstinada oposicion.

La noche del 23 establecieron ellos sus baterías; y el 24 por la mañana, maltratados por nuestros cañones, tuvieron que cerrar las troneras. Entonces pensaron en construir otras dos baterías en los bastiones 6 y 7, desde donde podian destruir la batería de San Pedro in Montorio, defendida por mi legion.

Mientras tanto, el general Oudinot para demostrar, como lo habia dicho en sus boletines, cuán grande era el culto que profesaba á la ciudad monumental, bombardeaba sin cesar desde el 21 todos los barrios de Roma, y especialmente por la noche empleaba este medio de inspirar el terror. Muchas bombas cayeron en el barrio Transtiberiano, muchas tambien en el Capitolio, algunas en el Quirinal, en la plaza de España y en el Corso. Una de ellas cayó sobre el templo que encierra el Hércules de Canova, pero la cúpula resistió; otra reventó en el palacio Spada estropeando el célebre fresco de la aurora de Guido Reni; otra por fin destrozó el capitel del magnífico templo de la Fortuna viril, obra maestra del arte, que los siglos han respetado.

El Triunvirato ofreció á las familias del pueblo, cuyas casas habian sido destruidas, un asilo en el palacio Corsini.

La conducta del pueblo romano en aquellos dias de prueba fué digna de los tiempos antiguos. Mientras que por la noche, perseguidas por la lluvia de proyectiles que destrozaba los tejados de sus casas, huian las madres llevando á sus hijos apretados contra el pecho; mientras que en las calles se prolongaban los gritos y tristes quejidos, ni una sola persona se acordó de rendirse.

En medio del estrépito, cuando una granada destrozaba alguna casa, se oia de vez en cuando un grito burlon que decia: «¡Bendicion del Papa!»

Las repetidas descargas de nuestros cañones durante los dias 25, 26 y 27 de junio, hicieron callar las baterías construidas por los Franceses en la muralla y en los bastiones que ocupaban; pero otras dos baterías francesas, una colocada en el bastion nº. 6 y otra fuera de las murallas, rompieron el fuego contra nuestras baterías de San Alejo y de Santa Sabina. Además otras dos levantadas, una en la muralla y otra en el bastion nº. 7, rompieron á su vez el fuego contra la nuestra de San Pedro in Montorio.

Una quinta batería de brecha, colocada al pié del

bastion n.º 7 y al abrigo de nuestro fuego, dirigió sus descargas hácia el flanco del bastion n.º 8; una sexta batería puesta delante de la iglesia de San Pancracio, descargaba sobre el bastion n.º 8 y mi ex-cuartel general de la *villa* Savorelli; y por último la séptima, colocada delante de la *villa* Corsini, tiraba á la vez contra la puerta de San Pancracio, contra la *villa* Savorelli y contra la muralla Aureliana.

Nunca he visto tan atroz tempestad de llamas, ni semejante lluvia de metralla.

Nuestros pocos cañones estaban, por decirlo así, sofocados.

Y sin embargo, debo decirlo en elogio de Médici, el *Vascello* y los *casini* estaban todavía ocupados por nosotros.

El sitio solo del *Vascello* seria digno de un historiador.

La tarde del 28, las baterías francesas descansaron un momento para tomar aliento, pero el dia 29 comenzaron de nuevo con mas ardor.

Roma estaba aterrorizada; el dia 27 habia sido horroroso, y nuestras pérdidas casi iguales á las del 3 de junio. Las calles se hallaban cubiertas de hombres mutilados; y así que los operarios cogian las palas ó los azadones, llegaba una bala ó una bomba que los destrozaba.

Todos nuestros artilleros, todos, lo podréis creer, habian sido muertos al pié de sus cañones, y reemplazados en su servicio por soldados de línea. Toda la guardia nacional estaba sobre las armas, y tambien unos cuantos heridos ensangrentados hacian el servicio de reserva.

Durante aquellos dias, ¡contraste admirable! la Asamblea, impasible en el Capitolio, deliberaba bajo las balas y granadas.

Mientras nuestros cañones permanecieron sobre sus cureñas, no dejaron de contestar al enemigo, pero al fin el 29 por la tarde el último cañon fué desmontado.

Nuestro fuego cesó.

La brecha abierta en el bastion n.º 8 era practicable.

La muralla de la puerta de San Pancracio y el bastion n.º 9 amenzaban ruina.

La noche del 29 extendió pues sobre Roma su tenebroso manto, privándonos de claridad para poder reparar nuestras brechas. La artillería francesa continuó sus descargas toda la noche.

Fué una noche horrorosa: la tempestad del cielo unió su furia á la de la tierra; retumbaba el trueno, cruzábase el relámpago con las bombas; y el rayo

cayó en dos ó tres partes como para consagrar la ciudad santa.

A pesar de ser la festividad de San Pedro, ambos ejércitos continuaron la lucha mortal.

Al empezar la noche, como todo el mundo esperaba que el enemigo atacaria en medio de las tinieblas, la ciudad entera fué iluminada, y lo mismo la gran cúpula del Vaticano.

Por lo demás, las noches de San Pedro suele haber iluminacion en Roma.

El que hubiera en aquella noche fijado su vista en la ciudad eterna, habria contemplado un espectáculo que solo se presenta á los ojos del hombre una vez en el trascurso de los siglos.

A sus piés hubiera visto un valle inmenso sembrado de iglesias y de palacios, dividido por la corriente del Tíber que parecia un Flegeton; á la izquierda el monte Capitolio, en cuya torre ondeaba la bandera de la República; á la derecha la silhueta sombría del monte Mario, donde se agitaban unidas las banderas de los Franceses y del Papa. En el fondo hubiera contemplado la cúpula de Miguel Ángel, que se erguia en medio de la noche coronada por mil luces, y por último, como marco de este cuadro, el Janículo y toda la línea de San Pancracio

iluminada tambien, pero por los continuos relámpagos de los cañones.

Y al lado de esto habria sorprendido algo mas grande que el choque de la materia, la lucha del bien y del mal, del Señor y de Satanás, de Ariman y de Orman; la lucha de la soberanía del pueblo y del derecho divino, de la libertad contra el despotismo, de la religion de Cristo contra la religion de los Papas.

A media noche, se despejó el cielo, y acallándose los cañones y los truenos, el silencio sucedió al infernal estrépito.

Silencio durante el cual se aproximaron los Franceses cautelosamente á las murallas y se apoderaron de la última brecha abierta en el bastion nº. 8.

A las dos de la madrugada se oyeron tres cañonazos disparados á igual distancia.

Los centinelas gritaron á las armas, resonaron las cornetas, y los bersaglieri, siempre infatigables y prontos, salieron de la *villa Spada* y acudieron á la puerta de San Pancracio, dejando en la *villa* dos compañías de reserva. Nos metíamos hasta la rodilla en los lodazales.

Me puse á la cabeza de los bersaglieri con la

espada desnuda, entonando el himno patriótico de Italia.

Confieso que en aquel momento, completamente desesperanzado, no abrigaba mas que un deseo, el de hacerme matar.

Me lancé con los bersaglieri sobre los Franceses.

Lo que sucedió, yo no lo sé.

— Hé aquí como el historiador Vecchi, uno de los mas valientes defensores de Roma, describe aquel combate :

« Estábamos encerrados en la *villa Spada*, donde sosteníamos un fuego horrible de mosquete y de carabina. Principiaban ya á faltarnos las municiones, cuando llegó el general Garibaldi con una columna de legionarios y con unos cuantos soldados del sexto regimiento de línea, mandados por Pari. Garibaldi venia decidido á dar el último golpe, no para salvar á Roma, sino para defender su honor. Reunidos á nuestros compañeros, nos lanzamos sobre la brecha, hiriendo con las lanzas, las espadas y las bayonetas, porque carecíamos de pólvora y de balas. Aterrados de pronto los Franceses por nuestro enérgico ataque, retrocedieron al principio, volviendo en mayor número despues. Al mismo tiempo la artillería apuntándonos, se nos llevaba filas enteras. El recinto Aureliano fué to-

mado y vuelto á tomar. No se podia andar sino hollando cadáveres ó heridos. En esta noche ví á Garibaldi mas grande que nunca, mas grande que jamás le viera nadie. Su espada era el rayo, y á cuantos heria caian muertos. Con la sangre del uno lavaba la sangre del que le habia precedido, y se hubiera dicho que era Leonidas en las Termópilas, Ferruccio en el castillo de la Gavinova. Temía verle caer de un momento á otro. Mas no fué así, y permaneció en pié como la estatua del destino. »

Durante algunas horas me batí sin descanso, y cuando rompió el dia me encontré cubierto de sangre.

No tenia la mas leve herida, parecia un milagro. En esta accion fué donde el teniente Morosini, jóven que aun no tenia veinte años, se batió como un héroe, y fué muerto, no queriendo rendirse.

En medio de la sangrienta lucha, recibí un mensaje de la Asamblea, invitándome á ir al Capitolio.

A esta órden debo la vida; si no la hubiera recibido, me habria hecho matar.

Al dirigirme con Vecchi, miembro de la Constituyente, hácia la *Longara*, supe que mi pobre negro Aguyar habia sido muerto.

Mientras que me guardaba un caballo de reserva, recibió un balazo que le atravesó la cabeza.

Sentí un inmenso dolor al pensar que mas que á un criado, habia perdido á un amigo.

Mazzini habia ya anunciado á la Asamblea el estado en que nos encontrábamos.

El mismo dijo que solo nos quedaban tres partidos que tomar : — tratar con los Franceses; defender la ciudad de barricada en barricada, ó salir de la ciudad reunidos el triunvirato, la asamblea y el ejército, llevando consigo el palladium de la libertad romana.

Al llegar yo á la puerta del salon, todos los diputados se levantaron y me colmaron de aplausos.

Busqué entonces á mi alrededor y sobre mí mismo qué cosa podia despertar de tal modo su entusiasmo.

Ví que estaba cubierto de sangre, con el traje todo agujereado por las balas y las bayonetas. Mi sable, doblado á causa de los muchos golpes que habia sacudido, entraba solo hasta la mitad en la vaina.

Todos exclamaron : « A la tribuna! á la tribuna! »

Subí sin vacilar.

De todos lados se me hacian mil preguntas, á las que contesté por fin : « Toda defensa es ya imposible, á menos que no queramos hacer de Roma una segunda Zaragoza. El 9 de febrero propuse una dictadura militar, en la creencia de que ella sola podia poner en pié cien mil hombres armados. Los elementos subsistian todavía, pero era preciso buscarlos, y se hubieran encontrado en un hombre valiente, pero en aquellos momentos la audacia fué desoida y los recursos momentáneos fueron atendidos. No quise insistir mas tiempo en mi idea, y únicamente cedí porque la modestia así me lo mandaba; pero estoy seguro de ello, aquel hombre valiente, hubiera sido yo. Falté en esto al principio sagrado que idolatro con todo mi corazon. Si me hubieran escuchado, el águila romana se habria de nuevo colocado sobre las torres de la capital; y ayudado de mis valientes soldados que saben morir, esto lo saben todos, hubiera yo cambiado la faz de la Italia. Pero ya no hay remedio para lo que está hecho. Contemplemos con la frente erguida el incendio que no podemos ya extinguir, y salgamos de Roma con los voluntarios armados que quieran seguirnos. Donde quiera que vayamos, Roma irá con nosotros.

» No puedo comprometerme á nada, tan solo á hacer cuanto esté al alcance de un hombre. La patria, que habia buscado en nosotros un refugio, os lo aseguro, no morirá. »

Mi proposicion, hecha ya por Mazzini, fué desechada.

Hasta Enrique Cernuschi, el valiente Cernuschi, uno de los héroes de las cinco jornadas milanesas, y presidente de la comision de las barricadas, la desechó.

Me sucedió en la tribuna, y con los ojos anegados en llanto, y la voz apagada, dijo :

— « Todos sabeis que soy ardiente defensor de la patria y del pueblo; pero debo decir que solo un obstáculo podemos oponer á los Franceses, y que Roma y sus excelentes habitantes..... (las lágrimas ahogaban su voz)... se han de resignar á que el enemigo lleve á cabo la ocupacion de la plaza. »

Despues de haber deliberado unos momentos, la Asamblea dió el siguiente decreto.

« República romana.

» En el nombre de Dios y del pueblo, la Asamblea constituyente romana deja de oponer al ene-

migo una defensa que es imposible. Está en su lugar.

» El triunvirato queda encargado de la ejecucion del presente decreto. »